

ciéndoles que el silencio de su señor alentaba la exageración de sus panegíricos, le pusieron sobre la humanidad entera. « Canuto no es un hombre, decían, es un dios. » El rey oía y callaba.

La tarde iba declinando, levantóse un viento fuerte, frío, y amontonábanse las olas llegando ya cerca de él mugientes y amenazadoras. Los cortesanos estaban inquietos, pero el rey permanecía sentado y como satisfecho de verse igualado por ellos á la divinidad sin que nadie se atreviese á turbar su augusto éxtasis. Por otra parte, despues de haber exclamado con entusiasmo : « ¡Sí, Canuto es un dios ! » ¿ cómo podrian decirle en lenguaje frío y vulgar : « Cuidado, señor, que el mar moja vuestros piés ? »

Esta escena duró algunos minutos. Complaciase Canuto viendo palidecer de temor á sus cortesanos; por fin una ola vino á estrellarse en la silla del rey, cubriendo de espuma á los cortesanos que retrocedieron asustados, y volviéndose hácia ellos Canuto, les dijo : « ¿ Qué haceis ? ¿ Qué vano temor se apodera de vosotros ? ¿ No estais en compañía de un dios ? » Y en seguida, extendiendo su mano hácia el mar, exclamó con voz solemne : « Olas, os prohibo que avanceis mas sobre esta tierra que me pertenece. Alejaos de mi reino; obedeced. » Apénas habia acabado de hablar, otra ola, mas furiosa que la primera, cayó sobre el rey y le cubrió casi enteramente. Levantóse entónces con calma, y abandonando su silla al mar, dijo á sus cortesanos : « ¿ Osareis ahora comparar un mísero mortal al único Sér que tiene poder para decir al Océano : « De aquí no pasarás ? »

§ V. GRATITUD.

La gratitud es un sentimiento que nos une al bienhechor con el deseo de probarla con hechos ó al ménos confesando el beneficio, que se publica con placer en todas las ocasiones que se presentan ó que se escogen cuidadosamente :

La ingratitud es un vicio contrario á la ley natural; los animales mismos son agradecidos :

Entre el bienhechor y el obligado existe una convencion tácita, y es que el primero debe olvidar en seguida el servicio que ha prestado, miéntras que el segundo debe recordarlo siempre. (Autores varios.)

Frescobaldi.

Un negociante de Florencia¹, llamado Frescobaldi, era reputado con justicia como un hombre liberal y benéfico. Presentósele un dia un extranjero de aire muy distinguido, pero vestido pobremente, y le dijo : « Los elogios que he oido acerca de vuestra generosidad me han alentado á solicitar algun socorro de vuestra parte. Soy natural de Inglaterra, mi nombre es Tomas Cromwell²; he dejado mi país para probar fortuna, pero por todas partes me persiguen la desgracia. Acabo de salir de una enfermedad y no tengo recurso alguno para volverme á mi patria. » Sensible Frescobaldi á la vista de su infortunio, le hizo vestir con decencia, le alojó en su casa hasta que recobró sus fuerzas y le dió para su viaje treinta monedas de oro. De regreso en Inglaterra, obtuvo Cromwell un modesto empleo en la administracion, y ascendido con rapidez, conquistó completamente el favor de Enrique VIII, siendo por fin nombrado canciller de Inglaterra.

Entretanto Frescobaldi, que habia olvidado á Cromwell é ignoraba su prosperidad, se vió arruinado á consecuencia de continuas pérdidas que habia tenido por mar y por tierra. Algunos mercaderes ingleses le debian sumas considerables, y con el objeto de cobrarlas, se puso en camino para Inglaterra. Una vez allí, fué á ver un dia á uno de sus deudores y encontró el canciller á caballo que iba á palacio. Cromwell le vió y reconoció en seguida al que en Italia le habia prestado tan importante servicio. Echa pié á tierra y corre á abrazar á Frescobaldi, quien se queda es-

1. Bella y hermosa capital de Toscana en Italia.

2. Este Cromwell no tiene ningun punto de contacto con el famoso Oli-

verio Cromwell, que reinó mas tarde en Inglaterra con el titulo de protector.

tupefacto. « ¿No me conocéis? le dijo el canciller; yo soy aquel inglés que sacásteis de la indigencia; me salvásteis la vida y habeis sido la primera causa de mi fortuna actual. Mi deber me impide en este momento detenerme con vos por mas tiempo, pero os suplico encarecidamente ven-gais hoy mismo á comer á mi casa; con esta esperanza os de-jo. » Y al decir esto continuó su camino.

Alegre Frescobaldi por tan feliz encuentro, no faltó á la cita; el canciller le recibió con el mayor agasajo. Acabada la comida, Frescobaldi, á instancias de su amigo, le manifestó la triste situacion en que se hallaba, obligándole el canciller á que aceptara, á pesar de su resistencia, cuatro sacos de dinero, cada uno de los cuales contenia una suma respetable, y le dijo: « Hé aquí el dinero que me adelantásteis en Florencia, aumentado con los intereses y ganancias que os hubiera producido en vuestro comercio; no es un don que os hago, sino un reembolso. » Pidióle despues la lista de sus deudores, y tal fué su actividad, que en ménos de quince dias estaban saldadas todas sus cuentas. Durante este tiempo vivió Frescobaldi en casa del canciller, quien hubiera deseado retenerle en Inglaterra; pero aunque sentia Frescobaldi separarse de tan generoso amigo, deseaba regresar á su patria; entónces el rey Enrique VIII, condescendiendo á los deseos de su canciller, le recomendó con tanto calor al duque de Toscana, que de vuelta á Florencia, el honrado negociante llegó á poseer en pocos años una fortuna mayor que la que habia tenido antes.

El argelino.

Una escuadra francesa bombardeó á Argel¹ en 1683 para castigar las piraterías y crímenes de sus habitantes. Poseidos de rabia aquellos bárbaros, ataban á las bocas de sus cañones á los prisioneros franceses, cuyos destrozados

1. Antes de ser conquistado Argel por los franceses en 1830 era aquella ciudad una guarida de piratas.

sin asilo, por tanto la vida es una carga para mí. » Compadecido el jóven, conduce al suizo á casa del hacendista y le esconde en su mismo cuarto cuidando de que nada le faltase. Sabedor el hacendista del hecho, y temeroso del compromiso, despidió en el acto al protegido y al protector. Entónces el generoso jóven conduce á su huésped á casa de su madre, que tenia una carbonería en el malecon de la Greve, animándole para que con paciencia esperase en aquel modesto retiro una ocasion propicia.

El jóven y su madre sabian muy bien que exponian su vida dando asilo á un proscrito, pero la voz de la humanidad era mas fuerte en ellos que el temor del peligro; llegóse ya á sospechar de ellos, y se hizo una visita domiciliaria en su pobre tienda; apénas tuvieron tiempo de esconder al capitán bajo unos sacos de carbon.

Todo se registró minuciosamente y los sacos fueron son-dados con picas de cuatro piés de largo; retiróse por fin la policía y el capitán estaba en salvo. Este llegó por último á conseguir un pasaporte con nombre supuesto y regresó al canton de Berna donde poseia una fortuna considerable. Apénas llegó remitió una fuerte suma á sus bienhechores rogándoles con vivas instancias para que fueran á verle á Suiza. Llegan, y con las muestras del afecto mas puro les recibe en una linda propiedad que les obliga á aceptar como presente de su amistad.

Alejandro Martin.

[Siglo XIX.]

En el pueblo de Champrond, en Gâtinais, distrito de Nogent-le-Rotrou¹, que pertenecia casi todo en otro tiempo á Sully², habitaba un carpintero llamado Alejandro Martin, cuya familia habia recibido muchos beneficios del marques de Aubespine, descendiente de Sully. Su educación y su oficio los debia Martin á dicho marques, quien

1. Departamento de Eure y Loir.

2. Uno de los mejores ministros

que hubo en Francia, y que ilustró el reinado de Enrique IV.

durante la Revolución le tuvo á su servicio, y no olvidó lo que debía á su amo; no le abandonó por espacio de treinta y cinco años.

El marques de Aubespine se vió arruinado; tuvo que venderlo todo, reservándose únicamente tres rentas vitalicias, una para él, otra para su hijo y la tercera, de 400 francos, para Martin, falleciendo poco despues. Martin se retiró al seno de su familia contando en vano con su pension, pues los acreedores se la embargaron. Privado de este auxilio emprendió de nuevo la profesion de sus primeros años, cuando una noche se abre la puerta de su casa.... y se presenta el señor de Aubespine, hijo de su bienhechor, acompañado de tres niños de corta edad; véase obligado á salir de Francia, á expatriarse, y solo habla á Martin de una corta ausencia, marchándose para no volver mas, dejando á cargo del carpintero sus tres hijos, únicos vástagos del gran Sully.

Martin tenia otros tres hijos; por fortuna su hija mayor salia de aprendizaje y podia trabajar. Entre la madre y la hija ganaban cinco reales diarios; Martin ganaba seis, y con estos recursos esperaban educar la nueva familia que la Providencia habia unido á la suya. Cuando el trabajo falta, piden prestado; cuando no hallan crédito, venden sus muebles. Ellos se mantienen con holganza, pero jamas falta pan blanco á los hijos de Aubespine.

Seis años despues fallece Aubespine. Los pobres huérfanos necesitaban un tutor, y ¿quién podia serlo con mas justicia que Martin?... Así, pues, fué entregada sin inconveniente á aquel noble corazon la tutela de los descendientes de Sully.

Sin embargo, llegó á conocerse en toda la comarca la abnegacion de Martin, y el hospicio de Nogent-le-Rotrou, que Sully habia dotado y que guarda sus cenizas, dió algunos socorros para la educacion de los niños. De toda la herencia de aquel gran ministro, solo llegó á su posteridad una partícula, procedente de los dones que hizo á los necesitados.

El gobierno concedió al jóven Aubespine una dotacion en un liceo, sus hermanas fueron admitidas en un colegio que estaba á cargo de religiosas, y una recompensa con que se premió á Martin marcó para siempre el recuerdo de su agradecimiento y su fidelidad.

El maestro de escuela.

Despues que hubo concluido Bernadotte¹ sus estudios con brillante éxito en el colegio de Pau, su país natal, llegó á ser un gran capitán, hábil ministro, y por último subió al trono de Suecia con el nombre de Cárlos Juan. Al salir un dia de su palacio para pasar revista al ejército, vió á un anciano que, atravesando por entre la multitud, se arrojó á sus piés de tal modo conmovido, que no podia pronunciar una palabra, con los ojos arrasados en lágrimas, y agitando con la mano en el aire una medallita de plata atada con una cinta muy gastada. Fijó la vista Cárlos Juan en aquella medalla, la reconoció y su corazon se estremeció súbitamente; era la primera que habia ganado en la escuela primaria de su patria. Levanta al anciano, y ve á su primer maestro: le abraza con efusion y le conduce á palacio, de donde no salió el buen viejo sino para ir á vivir bajo el sol de Francia, donde habia nacido, dotado con una pension que le aseguró su agradecido discípulo.

El director de colegio.

[1846.]

Hace veinte y cinco años vivia en Reims M. P..., director de un colegio y era muy querido de todos sus discípulos. A su carácter firme y bueno unia la instruccion y la modestia. Despues de haber trabajado algunos años con poco fruto, reveses de fortuna le obligaron á dejar aquella

1. Nació en Pau; fué sucesivamente embajador de Francia en Viena, ministro en Francia, principe real de

Suecia en 1810, y rey de este país en 1818; falleció en 1845. (Véase página 91.)

ciudad; sus discípulos le perdieron de vista, aunque conservaban el recuerdo mas vivo y afectuoso á su maestro.

Un habitante de Reims, bastante jóven aun, pasaba en el mes de noviembre de 1846 por una de las calles mas estrechas y sombrías del barrio de la Cité, en Paris, cuando llamó su atencion un anciano que, si bien en la miseria, denotaba pertenecer á una clase distinguida. Se acercó á él, ¡y cuál no seria su asombro al reconocer en aquel infortunado á su antiguo director de colegio! Le dirige la palabra afectuosamente, le interroga discretamente y consi-gue saber dónde vive. Llevando mas léjos sus investigaciones con la mayor delicadeza, se informa de sus medios de existencia y sabe con dolor que está casi exhausto de recursos.

Regresa luego á Reims el discípulo de M. P..., reune una noche en su casa á sus antiguos condiscípulos, les refiere el encuentro que ha tenido en Paris, y les invita á unirse á él para socorrer á aquel desgraciado. Acordóse en el acto que se le aseguraria una pension de mil francos mientras viviera.

El 1º de setiembre de 1846 cobró M. P.... anticipado el primer trimestre de su pension.

Digno es de citarse un rasgo tan noble y conmovedor, que prueba al mismo tiempo que no ha llegado á ser un vicio universal la ingratitud, y que el maestro que ha sembrado buenas lecciones recoge alguna vez el agradecimiento.

Pedro y Menzikoff.

El célebre Menzikoff¹ expuso en una batalla su vida por salvar la de Pedro el Grande² su soberano. Pero si este favorito tenia buenas cualidades, tambien tenia grandes

1. Menzikoff, pastelero de oficio, llegó á las mas altas dignidades, gracias al favor del zar Pedro el Grande. En el reinado de Pedro II fué destier-

rado á Siberia, donde murió.

2. Pedro I reinó de 1682 á 1725. Civilizó la Rusia y fundó á San-Petersburgo, capital de este imperio.

defectos; su avaricia y su ambicion no conocian límites; distrajo en provecho propio sumas considerables de los fondos públicos. Habiendo salido de San Petersburgo acompañando al zar¹, que á marchas forzadas se dirigia á Azov³ con la intencion de caer de improviso sobre esta ciudad y apoderarse de ella, supo en el camino que habia sido denunciado y que el zar estaba perfectamente enterado de la conducta de su favorito.

El silencio y aire sombrío del príncipe, cuya inflexible severidad conocia, le anunciaron su desgracia; ya se cree desposeido de los honores, en el oprobio y en la miseria; los desiertos de Siberia³, la soledad en un largo destierro, el hacha del verdugo que amenaza su cabeza, todas estas imágenes se presentan gradualmente á su imaginacion; su sangre hierve y se apodera de él una fiebre maligna; se queda enfermo en una mísera cabaña y pasa en ella tres semanas en un delirio espantoso. Recobra al fin la razon y examina con azorados ojos su pobre habitacion; todo parece haberle abandonado; únicamente ve á un hombre á su lado, el solo hombre que le cuida y la sola voz que le dirige palabras de consuelo; pero esta voz es la de su soberano, este hombre es Pedro el Grande.

Al ver al príncipe de manera tan inesperaba, lágrimas abrasadoras surcan su rostro y exclama: « ¡Oh Dios mio! ¿Sois vos?... — Sí, hace tres semanas que no me muevo de aquí. — ¡Cómo! ¿Aun me teneis tanto afecto que no habeis pronunciado mi sentencia de muerte? — ¡Insensato! dijo Pedro tendiéndole los brazos, ¿podias creer por ventura que olvidaria yo que te debo la vida? Repara tus faltas, no vuelvas á caer en ellas, y cuenta siempre conmigo. »

El agradecimiento recompensado : Julian.

Julian era hijo de un pobre carpintero, y al morir éste

1. Se da este título á los emperadores de Rusia.

4. Ciudad situada á orillas del Don

ó Tanais.

3. La Siberia ocupa la mayor parte de la Rusia asiática. Es un país in-